

len: "No lloréis por mí, que camino voluntariamente al altar del holocausto, sino llorad por vosotras," así también María nos dice: "No lloréis por mí que consiento voluntariamente en el sacrificio de mi Hijo; llorad por vosotros que no tenéis en cuenta ni sus padecimientos ni los míos." — (Monseñor Pavy, obispo de Argel, Mes de María).

## ARTÍCULO V

## PLÁTICA XXIV

## NUESTRA SEÑORA DEL BUEN SOCORRO.

Ayer nos ocupamos de Nuestra Señora de Lourdes. Lourdes tiene alguna semejanza con el Thabor, del que decían los apóstoles: Bueno será que nos quedemos aquí: *«bonum est nos hic esse.»* Preñada queda el alma al pie de esta gruta bendita, de la que no es fácil alejarse. En ella se siente un bienestar que no se halla en otras partes. Es tan suave y agradable el aire que en ella se respira, que no parece sino que es el punto en que el cielo se junta con la tierra; bien puede decirse cuando menos que desde algunos años á esta parte allí se respiran sus delicias.

Pero los goces de esta tierra son efímeros como todo, y quizá más que todo. Semejante á la brisa embalsamada de la primavera, que acaricia al pasar las plantas nacientes, cruza en nuestra alma la dicha que se abre á las ilusiones como el botón de la rosa al contacto de los rayos del sol; y huye fugaz para que entremos de nuevo á pesar nuestro en el camino ordinario de la vida, que se compone de penas, fatigas dolores y lágrimas.

Despidámonos, pues, de Nuestra Señora de Lourdes, para que dirigiendo nuestra peregrinación á otro rum-

bo, visitemos á Nuestra Señora del Buen Socorro para que también ella enjague nuestro llanto.

Entre otras muchas capillas que hay en Baviera, hay una, sobre todo en Munich en la que se implora á la Santísima Virgen bajo la advocación de Nuestra Señora del Buen Socorro.

El número infinito de santuarios que por todas partes se han levantado, expresa perfectamente las muchas necesidades que pesan sobre el hombre en la tierra.

Efectivamente, las nuevas generaciones que se suceden en el mundo no hacen más que repetir las tristes lamentaciones del infortunado Job, patrono del dolor, que en inevitable de nuestra vida terrestre.

Corta es la vida del hombre, y el poco tiempo que vive, lo pasa lleno de infinidad de miserias. *Homo brevi vivens tempore repletur multis miseriis.* (Job. cap. XIV.)

¡Cuán cierto es esto! Si dado nos fuera juntar las lágrimas que han brotado de los ojos humanos, podríamos formar un nuevo Océano.

¡Nacer y morir, he aquí lo que es la vida; y cuántas pruebas, y cuántos sufrimientos encierran estos dos extremos! En vano damos vueltas mil para huir de los pesares, que nos persiguen donde quiera, nos asaltan y se apoderan de nosotros en todas las edades de la vida y en todas las condiciones sociales. Pasa un dolor, dice el autor de la Imitación de Cristo, pero no es sino para que brote uno nuevo allí donde el pasado termina.

Por un lado vemos á un mortal acosado por sus remordimientos y sucumbiendo al peso del tormento que le agobia; quiere sofocarlo, pero no puede. Fuerte fué para el pecado, débil para borrar las hondas huellas que grabó en su corazón. Tremenda es la lucha en que vive llamado por Dios y atraído por el mundo. Por otro lado vemos á un mortal recto y sincero que vivió con la dulce esperanza de vivir con su amor terreno, y no halló en

el fondo de ese ideal más que veneno y la nada. Juro ser fiel y su juramento pesa sobre su conciencia como una roca. Creyó que le amarían siempre, porque así se lo prometieron, y llegaron los años y con ellos la certidumbre de que le mintieron.

Unas veces vemos pesar la miseria en una choza donde reinan las enfermedades, abundan los males, escasean las medicinas y no hay ni siquiera una mano amiga que alivie tantos sufrimientos, ni una boca generosa que enseñe á sufrirlos; otras á un ciego mendigar en medio del camino el pan que no puede ganar, y tal vez el que á mendigarlo le acompaña toma para sí la mejor parte de lo que una mezquina caridad le destinó.

Si pasamos á las grandes ciudades hallaremos en miserables habitaciones á pobres enfermos abandonados que no tienen á quien dirigirse para poner remedio á sus males. Otros hay á quien la calumnia, la infame calumnia ha manchado con su asquerosa baba y les ha despojado de sus comodidades, de su reputación y hasta del aprecio de sus semejantes. Muchos se ven que después de haber disfrutado de considerables bienes de fortuna, vieron llegar la hora fatal en que perdieron todos sus bienes y viven menospreciados, olvidados de sus antiguos amigos que les niegan el saludo. Así son las cosas de este mundo.

¿Por qué, si así son, no dirigiremos desde este valle de lágrimas nuestras súplicas á María nuestra Madre celestial, que es la consoladora de los afligidos? Si hermanos míos, todos sufrimos, todos debemos, por lo tanto, dirigirnos á ella.

También sufrió ella, también fué pobre y vivió triste Madre de los dolores, y reina fué de los mártires. ¿Qué fué su vida sino un continuo sacrificio y una fuente de amargura? Acompañábanla sin cesar los temores y las privaciones, y por esto es la protectora de los pobres y de los afligidos,

Ella nos consolará para que suframos con resignación miserias y contradicciones, calumnias y pérdidas, y hará que penetren en nuestro corazón los consuelos de la fe.

A los pobres les recordará lo que ella fué y lo que fué su hijo. ¿Qué poseía cuando fué á Belén, en su huida á Egipto y en su permanencia en Nazareth? Su hijo fué Dios y fué el más pobre de los hombres, puesto que no tenía dónde poder descansar su cabeza. Bienaventurados los pobres que pueden contemplar tan bellos modelos, dichosos ellos, porque de ellos es el reino de los cielos.

A los afligidos les dirá María que los sufrimientos de esta vida no duran más que un momento y que nada son comparados con la recompensa eterna que les espera. Sólo se llega á la gloria por el camino del sufrimiento. Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.

La Madre del Buen Socorro no permanece sorda á ninguna oración. Su corazón está siempre abierto para los desgraciados que recurren á él. Si así lo exige la gloria de Dios ó su salvación lo reclama, consigue el término de sus males; y si su divino Hijo no le cree necesario, entonces nuestra Madre nos procura los auxilios de la gracia para que sepamos sufrir nuestras penas y nuestros infortunios, porque nos da fuerza y conformidad consoladora, nos convierte en héroes, dulcifica nuestros pesares, disipa nuestra tristeza, amortigua nuestro dolor y llena nuestro corazón de esperanza y de amor.

Cuánto se aligera el peso de la vida cuando pedimos á María que nos ayude á llevarle! La experiencia de todos los siglos nos lo tiene demostrado. El mundo entero dobla la rodilla para conseguir el alivio de sus males ante Nuestra Señora del Buen Socorro, y todos, pobres y ricos, jóvenes y viejos, le decimos: Acordaos, oh piadosa Virgen María, de que no sabemos que hayáis desechado jamás á los que os han invocado. Por esto vuestros altares se ven continuamente rodeados por todos los que su-

fren. Terminaré mi plática citando un ejemplo de piedad.

Había en un pueblo una madre muy pobre que tenía dos hijas muy tiernas y vivían en la mayor indigencia. Grande era el peligro que corrían de perecer cuando inspirada un día la pobre madre llevó á sus hijas á la parroquia y presentándolas á la Santísima Virgen, le dijo: «Oh Madre compasiva, aquí te presento á mis dos hijas y á tu ternura confío su alma. Ten compasión de ellas y de mí.» Al regresar á su casa hallaron en ella á un desconocido que les entregó una fuerte cantidad de dinero y desapareció. Ya veis, pues, que María socorre á los desgraciados. Oh Madre nuestra del Buen Socorro, digámonle nosotros, en tí ponemos toda nuestra confianza; auxílianos en nuestras necesidades, sostenenos en nuestras debilidades. Da valor y fuerza á nuestra alma para arrepentirnos, y á nuestro corazón para que vivamos resignados. Derrama sobre nuestros males el bálsamo consolador de tu compasión. Tú eres el refugio de los justos así como de los pecadores. Sé nuestro consuelo, y si para conformarnos con la voluntad de tu divino Hijo debemos vivir en la pobreza durante nuestra peregrinación en la tierra, haz que nuestros sufrimientos sean fecundos en la eternidad, y condúcenos por el camino del Calvario al delicioso descanso del Thabor.—ASÍ SEA.

## MARIA EN EL SEPULCRO DE JESUS

### DIA VEINTIUNO

#### ARTÍCULO I

#### LA SAGRADA ESCRITURA

Defecerunt præ lacrymis oculi mei, conturbata sunt viscera mea.

*Thren., II, 11.*

Angustia possedit me sicut angustia parturientis, corruí cum audirem, cum viderem; tenebræ stupefecerunt me.

*Isa., XXI, 3.*

Interiora mea efferbuerunt absque ulla requie; prævenerunt me dies afflictionis, morens incedebam.

*Job, XXX, 27.*

Tribulationem et dolorem inveni: circumdederunt me dolores mortis.

*Psal., CXIV, 3.*

Inundaverunt aquæ super caput meum; dixi: Perii. Invocavi nomen tuum, Domine, de lacu novissimo.

*Thren., III, 54.*

Vocem quasi parturientis audivi, angustias ut puerperæ. Vox filiæ Sion intermorientis, expandentisque manus suas: Væ mihi quia defecit anima mea,

*Jerem., IV, 31.*